

“LA DOROTEA” Y LA VIDA AMOROSA DE LOPE (1)

Voy a decir unas cuantas palabras sobre la vida amorosa de Lope de Vega. Será ésta una charla un poco lírica, una reconstrucción semi-intuitiva de la intimidad sentimental del poeta, realizada con la fusión de diversos ingredientes: datos que brindan estudiosos y eruditos (De la Barrera, Tomillo y Pérez Pastor, Rennert, Américo Castro, Millé Giménez), y elementos extraídos de algunos pasajes de su propia obra. Para esto último, ha sido menester aislar el sustrátum humano que yacía debajo de las flores retóricas con que Lope desfiguraba y velaba el suceso vivido.

En 1632, hace justamente tres siglos, moría en Madrid la última compañera de Lope de Vega, Marta de Nevares. Y ese mismo año nacía en la casa aún entenebrecida por el duelo, una obra singular, “La Dorotea”. Tres años más tarde, se apagaba la vida del gran poeta.

No voy a intentar el análisis crítico de “La Dorotea”: mi tema no es ese. Ahora sólo me interesa como documento, como el documento que mejor testimonia andanzas eróticas del autor.

Como primera providencia, conjeturemos la génesis de la obra. Veamos a Lope, ya septuagenario, en su casita de Madrid. Está cansado, cansado de escribir y, acaso, cansado de vivir:

“Ninguna fuerza humana
al tiempo se resiste”.

Se siente derrotado por los años y por los infortunios:

“Aquel que coronaban
laureles por insigne,

(1) Conferencia leída en la Facultad de Filosofía y Letras con motivo del tercer centenario de “La Dorotea”.

— si no miente la fama
que a los estudios sigue —
ya por desdichas tantas
que le humillan y oprimen,
de lúgubres cipreses
la humilde frente ciñe”.

Y lo que antes no hacía, acuciado siempre por la fiebre del trabajo, hace ahora: revuelve papeles canosos. Hay arcas colmadas, muchedumbre de cuartillas que escaparon a la voracidad de las imprentas. Ya en 1607 declaraba que tenía “tantos papeles sueltos de varios sujetos que no llegará jamás lo impreso a lo que está por imprimir”.

Entre esos papeles duerme un legajo amarillento. Los dedos sarmentosos lo desatan, los ojos displicentes lo recorren. De pronto, una sonrisa apicarada le transfigura el rostro. Ese manuscrito actualiza épocas lejanas, años de juventud borrascosos y alocadamente vividos. ¡Cuánto hervor juvenil en ciertas páginas! Ahora no podría escribirlas con esa fiebre. ¡Y qué fresco el recuerdo de la “Celestina”, la tragicomedia que saboreaba con los amigos en los claustros de la Universidad de Alcalá! Ahora, hecho a la frase crespada de la nueva moda, no podría expresarse con la llaneza del pasado siglo. . . ¡Y qué viva la pintura de Dorotea!

Lope entorna los ojos y se corporiza, en el escenario de su conciencia, la imagen de una hembra jacarandosa que llenó cinco años de su mocedad, la Filis y la Jacinta de sus versos, Elena de Ossorio, la hija del cómico Velázquez. Verdad que nunca la olvidó del todo. Esporádicamente aparecía en su recuerdo y vibraba en su lírica. (“Nunca la podré aborrecer tanto que deseé verla fea: tan dulce me será siempre la memoria de su hermosura”).

¡Pobre Elena! Ahora piensa que fué injusto con ella, que no merecía aquellos brutales libelos que el amor propio sangrante arrancó de su pluma.

Y he aquí que de súbito nace en él el deseo de evocar ese pasado. Aprovechará algunas páginas del viejo manuscrito, las que destilan juventud, las perfumadas por la mujer que entonces tenía tan cerca de su corazón y de sus sentidos; y las escenas realistas imitadas de “La Celestina”, cuyo gracejo y jocundidad, con la tristeza de ahora, le sería imposible sobre-

pujar. E interpolará otros recuerdos, memorias de otras mujeres que se cruzaron en su camino. Y para que el balance sentimental sea completo, irán también versos que le inspirara la dulce amiga de los años postreros.

Eso es "La Dorotea": obra de juventud y de vejez, balance sentimental de una vida, refugio de experiencia y de lecturas y, para que nada falte, recipiente de enconos y opiniones literarias del autor.

Américo Castro lo había dicho: "La resultante artística de tanto erotismo se nos brinda en una obra pulida y acabada en la vejez de Lope, en "La Dorotea"; en torno a la imagen de aquélla, se agrupa el recuerdo de las otras amadas". Pulida y acabada, pero no empezada.

Lope anda por los veinte años: apenas el bozo sombrea sus labios. Es un rapaz movedizo, un "lindo" que se pavonea, de día, con sus "calcillas de obra y sus cueras de ámbar"; y ronda por las noches "con su broquelete y espada, su capita bordada, sus plumas y su guitarra". Ha recibido en Alcalá de Henares un barniz de humanidades. Tiene la boca llena de versos y de citas mitológicas. Con los primeros engolosina a las mozas; con las segundas las apabulla e intimida.

Ya hace roncha en el bello sexo. No conoce la timidez ni los escrúpulos, y completa estos atributos de conquistador con su temperamento amoroso. Es tierno de corazón. Tiene, como él dice, el alma portuguesa y dulces los ojos. Se enamora fácilmente, pone calor de sinceridad en lo que dice, y rubrica sus palabras con lágrimas oportunas. Le brotan los suspiros "a medio puchero, como muchacho acabado de azotar, que ha perdido la habla".

Entre sus conocidas hay una joven que en la ficción se llama Marfisa. Es buena moza, pero algo regordeta. "Con menos bulto, fuera más gentil". Se han criado juntos y juegan a los novios. "Fué — dice el poeta — el primer sujeto de mi amor en la primavera de mis años". Es un idilio que corta la vida. El es un mozalbete, casi un mocoso; ella toda una mujer. Por eso, cuando sale un candidato formal, la familia la casa. El día de la boda, los enamorados gimotean detrás de una puerta, "mezclando las palabras con las lágrimas".

Para olvidar — entramos en la conjetura — el doncel se

marcha a las Azores en una expedición militar. Al poco tiempo está de vuelta y se radica en Madrid, donde hace vida de bohemio pobre. En su habitación, que comparte con un camarada de Alcalá, promiscuan algunos libretes, una vihuela, una espada, muy escasa ropa y muchos pliegos ennegrecidos de versos.

El mozo ya escribe comedias y mira con ojos táctiles a las mujeres de la farándula, que fueron una de sus debilidades crónicas. Un actor, Jerónimo Velázquez, tiene una hija, Elena, mujer casada. Su marido se encuentra en el Perú, que es como decir en el otro mundo. Elena "es una linda moza, de gentil disposición, buen aire y talle"; tiene "ojos bellísimos, aunque algo desvergonzados", claros como los de Melibea y como los esquivos que acuitaban a Gutierre de Cetina. La boca es graciosa, el cutis trigueño claro, el cabello algo crespo. "Pica en flaca, pero no de rostro". Criada entre cómicos, es avispada, llena de chispa y de alegría. "El entendimiento es notable, la condición amorosa, el despejo desenfadado, el hablar suave, con un poco de ceceo con que guarece de oro cuanto dice".

No se necesitaba tanto para introducirse, como en tierra conquistada, en el corazón veinteañero del poeta. "Apenas nos vimos y hablamos cuando quedamos rendidos el uno al otro". Tierra conquistada es el corazón de Lope. Elena invade todos sus compartimentos y desaloja a la pobre Marfisa que luego enviudará y seguirá prendada del muchacho que despertó su corazón.

Pasión correspondida y "pasión celosa". Elena y Lope (Dorothea y Fernando) se aman furiosamente, tormentosamente. Pasan, sin transición, de las querellas a los mimos, de los celos rabiosos a las reconciliaciones dulces y lacrimosas. El, exaltado, mordido por los celos, en cierta ocasión llega a ponerle la mano en el rostro. Pero es leche hirviendo. Después del arrebató, se humilla y suplica el perdón. Ella tiene también su geniecito. No peca de tímida ni de recoleta: es briosa, decidida, agitanada, suelta de lengua, bachillera.

Todo el Madrid literario se entera de estas relaciones, pues Lope, a pesar de su juventud, ya es hombre popular. Además, no tiene el pudor de sus sentimientos y hace públicos sus amores: "los dos éramos ya fábula de la corte". Nadie ignora que la Filis de sus versos es la hija de Velázquez. El estar en vi-

driera molesta a la mujer, pero el mocito piensa en Petrarca, quien rimando sus amores alcanzó la gloria para sí y para su Laura y jactancioso exclama: “¿qué mayor riqueza para una mujer que verse eternizada?”

Don Jerónimo hace la vista gorda: no le conviene enemistarse con el más fecundo proveedor de las carteleras. Pero su mujer, Inés Osorio, soporta refunfuñando. Y no por razones éticas, sino porque le parece que su hija está perdiendo sus mejores años con un pobre diablo sin más fortuna que frases bonitas. “Las mujeres — dice — no duran como los hombres”. Por eso, cuando ronda la casa un “pájaro lustroso”, un personaje de campanillas, y se encapricha con la moza, la madre, Teodora en la ficción, es la primera en incitarla al cambio, y hasta acude a la violencia para apartarla del poeta.

Según los exégetas de “La Dorotea”, el rival de Fernando, don Bela, parece haber sido don Francisco Perrenot, sobrino del cardenal Granvela. Perrenot, a la sazón, era hombre de unos 29 a 30 años, de complexión robusta, maneras señoriales y aficionado a las artes. No era entonces un quidam el presunto rival de Lope.

La lucha se presentaba muy desigual y Lope fué vencido. Muchas circunstancias se confabularon para minar la resistencia de Elena. “Mi madre me persigue, las amigas me riñen, los vecinos me murmuran, las envidias me reprenden, mi necesidad ha llegado a lo último”.

Digamos en honor de Elena que había llegado su apego al amante hasta el sacrificio, extraordinario en una mujer joven y linda, de vestir un año entero un hábito de picote. A esa indigencia vergonzante ponía término la rumbosa generosidad del nuevo pretendiente. Se explica entonces que Elena, asediada por todos los flancos, rompiese con el poeta.

Adivinamos la sorpresa de éste, su furor, su angustia, su tormenta y su tormento. Desde entonces, dice Américo Castro, “rimó inagotablemente su dolor y su despecho”. Y adivinamos otra cosa: su claudicación. El amor asentado en la carne tiene estos derivativos. Al fin, Elena no era su mujer, y hacía lo que hacía obligada por sus familiares. Cortaba con él no por desamor sino por circunstancias ajenas al amor.

Vemos al poeta, después del insomnio de muchas noches, acercarse, sumiso, como un cachorro, a la reja imantada, cuyos

hierros — alguna vez lo dijo — eran eslabones de su cadena, y la mano de ella “argolla de cristal que los ceñía”. Lo vemos acercarse y fingirse mendigo, y hablar furtivamente con Elena, y aceptar, agradecido, las migajas de su amor. “Yo llegaba a su puerta en hábito de pobre a las diez horas, todas las noches”. “Muchas veces podía hablarla echándome en el suelo, debajo de la reja de su ventana”. Simulaba dormir. “En este sitio me hallaba don Bela algunas noches y sin hacer caso de mí llamaba seguro y entraba confiado”.

Más de una vez el amante pospuesto se retiraría mohino, arrepentido, descontento de sí mismo, llena el alma de un sentimiento contradictorio: “de amar y aborrecer, dice, preguntad al mismo”.

Naturalmente, situación tan anormal no podía prolongarse. No era el Fénix hombre tan desvalido como para vivir de limosnas de amor. Su fama creciente y sus prendas personales le daban fácil acceso al corazón de las mujeres.

Sus relaciones con la hija de Velázquez se van enfriando. La ilusión se ha desvanecido. El odio, por momentos, va venciendo al amor. Ahora quisiera vengarse de sus desvíos, y piensa: “para huir de una mujer no hay tal consejo como tomar la posta en otra”.

En ese estado de ánimo, topa con una doncella que lo impresiona, con una jovencita de familia “bien”, Isabel de Urbina, la Belisa de sus romances. Y le hace la corte. La familia se opone, pero la chica “se inclina ante su persona y su fama”. Desoye los consejos de sus mayores, pero pone condiciones al pretendiente: le exige que rompa del todo con Elena, cuyos amores conoce.

El accede y quiebra con escándalo. Su ira le dicta unos libelos infamatorios contra Elena y contra su familia. Los damnificados incoan proceso por injurias. Consecuencias para el libelista: 42 días de sombra y exilio de la corte por cinco años.

Este alboroto era lo menos oportuno para que la familia de Isabel se ablandase. Lope, con la sentencia sobre la cabeza, tenía que abandonar Madrid. El tiempo urgía. Isabel le gustaba de veras y no quería perderla. ¿Qué hacer entonces? No le quedaba al pobre otro recurso que raptarla... y la raptó. Ella consentiría bajo promesa de casamiento.

Otro escándalo, otro proceso *ad portas*. Pero Lope se portó

caballerosamente: devolvió la novia a los padres y desde el destierro se casó por poder. Un íntimo amigo y pariente, Luis Rosicler, lo representó. Salvado el honor, la familia de Isabel, resignada, guardó silencio.

No es éste un amor acosado de urgencias. El recién casado, todavía con el dejo de Elena en los sentidos, se embarca en la Invencible. Deja la patria buscando "la paz de sus pensamientos". La Invencible es vencida, vencida por los elementos más que por los hombres, según la frase consuelo de Felipe II.

Lope retorna y descansa en la ternura de Isabel, tranquila y leal. En "La Dorotea" la recuerda con cariño. Recuerda que fué su compañera en el destierro y su animadora en la adversidad.

En 1595, después de siete años de matrimonio, Isabel cierra los ojos para siempre. Al año siguiente, en llorosa elegía, el poeta la rememora:

"Belisa, señora mía:
hoy se cumple justo un año
que de tu temprana muerte
gusté aquel potaje amargo".

La familia de Isabel se mantuvo hasta el final irreductible:

"Sólo yo te acompañé
cuando todos te dejaron,
porque te quise en la vida
y muerta te adoro y amo".

En el entre tanto, ha muerto también el marido de Elena. Ahora, viudos los ex-amantes, podrían reconciliarse y casarse. Elena ha prosperado, goza de una posición holgada y hace una tentativa de acercamiento. Su padre solicita el indulto del desterrado.

Lope vuelve a Madrid, pero no a los brazos de Elena. Es vengativo y se da el lujo de rechazar a la que tanto quiso. "Daréis vuelta a la corte, viuda ya Dorotea, que os solicitará para marido; pero no saldrá con ello, porque podrá más que su riqueza, vuestra honra, y que sus amores y caricias, vuestra venganza".

Lope se consolaba pronto. A los tres años de enterrada Isa-

bel (1598), casóse con Juana Guardo, hija de un rico carnicero. ¿Matrimonio de conveniencia? No es improbable. Casado con Juana se afincó en Madrid, y tal vez pudo hacerlo con el aporte de la mujer. Porque no era hombre para economías. Desordenado en los gastos, mano abierta, falto de sentido práctico, complicada su vida con la aventura femenina, cargado de hijos (es difícil llevar la cuenta de los que tuvo), vivió siempre a pesar de haber ganado mucho, con el agua al cuello. De tiempo en tiempo, el duque de Sessa aliviaba la situación con oportunos regalos que Lope retribuía redactándole las misivas amorosas.

No tiene por doña Juana la devoción que por las otras. Lo prueban estos dos hechos: no la cita nunca en sus versos, y se entrega, en vida de Juana, a una pasión irregular y absorbente, embrujado por una cómica que tenía el cielo mismo en los ojos: Micaela de Luján, Camila Lucinda en comedias y poemas, mujer casada y, como Elena, con marido en el remoto Perú.

No sabemos con justeza cuándo comenzaron estos amores, ni cuándo terminaron, ni porqué terminaron. Pero sabemos que fueron largos, y que de ellos frutecieron cinco hijos, entre ellos Marcela que heredó del padre la aptitud poética y concuyó monja en las Trinitarias, y que dieron estos amores también copiosa prole literaria. Dice Castro: "Ninguno de los grandes amores del poeta dejó tan abundantes reflejos en su obra como el amor de Camila Lucinda". El mismo crítico rastreó estos amores en los manuscritos del Fénix. Observó que durante muchos años aparece la firma de Lope precedida de una M, la M. de Micaela. Pero de pronto esta singular fineza se interrumpe. ¿Retorno del marido? ¿Cansancio? ¿Ruptura? Tal vez no se sepa nunca.

Lope se habría enredado en los cabellos de esta mujer ("atado su libertad con mis cabellos", le hace decir en un poema), al iniciarse su segundo matrimonio; y siguió atado casi una década: todavía en 1608 aparece la M denunciadora.

Porque no habla de doña Juana sino en su testamento, no sabemos cómo era. La imaginamos una buena burguesa, una mujer opaca, una excelente madre de familia, sin mayores atractivos físicos ni mayor fineza espiritual; una mujer que nunca comprendió al hombre complejo que el destino le deparara.

y que no tuvo la ternura o la diablura suficientes para desalojar del corazón de Lope a la intrusa que lo llenaba. En cambio, Micaela, mujer de teatro, debió ser, además de guapísima, de una feminidad envolvente, y una maestra en el arte de cautivar.

¡Pobre doña Juana! Si era celosa, lo qué habrá sufrido con este hombre que la retenía en Toledo mientras él, en Madrid, vivía apichonado con la musa de los ojos azules.

Debieron ser muy bellos los ojos de Micaela, pues los canta muchas veces.

“Ojos por quien llamé dichoso al día”.

Y debió ser de cabellos rubios y de tez muy blanca.

“Ya sabe el blanco jazmín
que no se iguala a tu frente”

En 1610 compró la casita a que hicimos referencia y que habitara hasta su día postrero. Le puso esta inscripción que todavía, según hemos, leído se conserva:

“Parva propria, magna.
Magna, aliena, parva”.

En la casa hay un huertecillo cuyas flores “le divierten cuidados y le dan conceptos”. Ahora vive con doña Juana, ya roto, probablemente, el vínculo con Micaela.

Doña Juana, en 1613, al dar la vida a un hijo, recibió la muerte. El año anterior había Lope perdido a una criatura de siete años. Estos golpes provocaron en él una crisis de misticismo que se reflejó en “Cuatro soliloquios. . . llantos y lágrimas que hizo arrodillado delante de un crucifijo, pidiendo a Dios perdón de sus pecados”. Pero las tragedias en Lope eran chubascos de verano. A las pocas semanas de la defunción de su segunda esposa, este hombre incorregible ya andaba en galanteos, volvía a caer en los amoríos con que siempre condimentaba los amores.

Estos lances pecaminosos debían dejarle un rescoldo de tristeza (“caro tristis”), sabor amargo en la boca, arrepentimiento en el corazón. En esos trances volvía los ojos al Cristo:

“Si quise, si adoré (¡qué error terrible!)
hermosura mortal, ¿cómo ignoraba
la tuya celestial, pues me enseñaba
lo invisible, Señor, por lo visible?”

Pasada la línea de los cincuenta, en uno de esos lampos de arrepentimiento, resuelve cambiar de vida cambiando de estado; determina abrazar el sacerdocio y, con ese fin, se allega a Toledo. No sería entonces muy firme su vocación religiosa, ni muy estable su arrepentimiento, pues encuentra en la posada a Jerónima de Burgos, una cómica de su amistad, y según su propia confesión, mientras hacía los trámites para vestir el hábito, se divertía con ella de sus tristezas.

En 1615 ya era sacerdote. Podríamos suponerlo contrito y decidido a un cambio total de vida. Sin embargo, sabe Dios en qué lios andaba. La verdad es que tuvo que abandonar la corte y refugiarse en Toledo, “corrido — son sus palabras — por la lengua de una mujer”. Pero este percance no le enmienda. En Toledo se arrima a otra, probablemente a Jerónima. El lo dice: “quise huir del mayor mal, aunque diese de ojos en el que era menos”. Con razón hace exclamar a un personaje de “La Dorotea”: “Nuestra primera patria sois las mujeres, y nunca salimos de vosotras”. Por lo menos, él nunca salió.

En 1616 se halla en Madrid. De pronto, se hace humo: se ha marchado a Valencia. ¿A qué ha ido a Valencia? Ha ido — según le escribe al duque de Sessa — a recibir a un hijo suyo, fraile franciscano que venía de Italia. El fraile que esperaba era una actriz, antigua conocida suya, a quien llamaban “la loca”, y que volvía a su tierra en el séquito del conde de Lemos.

Como de costumbre, el arrepentimiento sucede al pecado. Le confiesa al duque que ese viaje fué un desatino y sus relaciones con “la loca”, una bajeza.

Tales extravíos de erotismo senil fueron sofocados por un amor verdadero, al parecer de lenta incubación:

“Años ha, bella Amarilis,
que el alma a tus ojos doy”.

Lento, como lluvia mansa, este amor penetró muy hondo. A fines de 1616 escribe como desolado: “Yo estoy perdido, si en mi vida lo estuve, por alma y cuerpo de mujer”.

Amarilis fué el último de sus amores y, seguramente, el más espiritualizado. La sangre ya otoñal tiranizaba menos. Elogia en Amarilis no sólo lo físico sino también "los méritos del alma".

"Amar tu hermosura
gracia y discreción
no quiero, Amarilis,
que se llame amor.
Méritos del alma,
justicia y razón,
quiere amor que sea
el amarte yo".

Si bien al margen de la moral más condescendiente, fué ésta la pasión más pura de Lope, porque el sufrimiento la purificó. Varias composiciones líricas mechadas en "La Dorotea" rezuman esta pasión. En la prosa de este libro revive Elena, en algunos versos Amarilis.

Este amor crepuscular era más sospechado que conocido. Cartas íntimas, descubiertas en el siglo XIX, revelaron que Amarilis, la zagala de los ojos verdes, era Marta de Nevares, también mujer casada. Nunca fueron para Lope un escollo los maridos. Esta vez el marido, Roque Hernández de Ayala, no vivía en las Indias sino en el propio Madrid. Marta no congeniaba con él, circunstancia que Lope explotaría. Según éste, el tipo era un parásito, un hombre que no había llevado, desde su enlace, un pan a su casa.

Marta debió sentir la distancia astronómica entre un hombre y otro, la pequeñez del uno frente al inmenso prestigio del otro. Y eso explica, aunque no justifica, el hecho insólito de aceptar relaciones tan irregulares, relaciones sacrílegas y con un hombre que le doblaba la edad. Lope frisaba en los 54, Marta apenas en los 26.

La belleza de los ojos tenía para Lope un atractivo irresistible: es lo que más encomia en sus amadas. Y los verdes de Amarilis lo hechizaron y le hicieron olvidar su estado, sus deberes, su edad.

"Madre, unos ojuelos ví,
verdes, alegres y bellos.
¡Ay que me muero por ellos
y ellos se burlan de mí".

“Y ellos se burlan de mí”. . . La rendición no debió producirse sin escaramuzas, sin reticencias, sin coqueterías, sin escrúpulos. En “La Dorotea” hay composiciones que corresponden a los preliminares de esta unión. He aquí una escena de celos. Él ha conversado con otras mujeres. Élla se ha resentido. Él entonces quiere desenojarla y explica su conducta:

“Por hablar con las serranas,
acaso y sin detenerme,
¡ay Dios qué duras venganzas
de culpas que no te ofenden!
Traen del baile a tu choza
mil almas tus ojos verdes
y no los riño celoso
(Dios sabe si culpa tienen).
Y tú me matas a mí
que si he pensado ofenderte.
antes que mire otros ojos
los míos llorando cieguen”.

Estos amores, como todo lo de Lope, salieron a la plaza pública y fueron seguramente comidilla paladeada con malignidad en peñas y mentideros. Lo denuncian los alfilerazos de sus enemigos. Son archiconocidas las alusiones de Ruíz de Alarcón en “Los pechos privilegiados”:

“Culpa a un viejo avellanado
tan verde que al mismo tiempo
que está aforrado de *martas*
anda haciendo magdalenos”.

Y éstas de Góngora donde, de camino, lo trata de bebedor:

“Dicho me han por una carta
que es tu cómica persona,
sobre los manteles, mona,
y entre las sábanas, *martu*”.

El marido de la adúltera no se resignaría, sin protesta, a la situación desairada en que lo habían colocado. Es probable que la castigara corporalmente, pues élla solicitó divorcio por sevicia, y le fué acordado.

En 1618, o al año siguiente, murió Roque y los amantes

quedaron libres. El Fénix no fué generoso con el muerto. Siempre lo recordó con palabras despectivas. Como en el caso de los libelos contra los Velázquez, aquí aparece patente su carácter, que él mismo ha definido en esta confesión: "nací en dos extremos que son amar y aborrecer: no he tenido medio jamás".

Pero la vida se cobra. Némesis lo castigó en lo que más quería. Aquellos ojos "color de esperanza" que lo hipnotizaran, un día no brillaron más. Fué una tragedia que no vino sola. Otro día, aquella mujer, trabajada quién sabe por qué remordimientos, perdió la razón.

Sombrios, harto sombríos, debieron ser los últimos años del poeta. A la ceguera y locura de Marta — la locura no fué definitiva — capaces de poner a prueba a un corazón más firme que el del poeta, se sumaron los quebrantos de su salud, y los ahogos económicos que atenaceaban como nunca, y el poco éxito de sus comedias de entonces. En 1627 escribe al duque de Sessa: "no tengo más hacienda que esta casilla y mis librillos". "Aquí, señor, está todo en peor estado que solía... ni hay sustento, ni vestido, ni dinero".

En 1628 cae gravemente enfermo. Repuesto en 1629, desea abandonar el teatro. Está cansado y el público ya no le responde: se desvía hacia ingenios más frescos y más identificados con el estilo nuevo. Se acerca el turno de Calderón.

Quiere retirarse, pero necesita vivir, y entonces pide a su Mecenas que lo tome a su servicio por un salario, por "un modesto salario", el cual, dice, "agregado a la pensión que tengo (era capellán mayor en la congregación de San Pedro), ayude a pasar esto poco que me puede quedar de vida".

A la sazón vivía con sus hijas Feliciana y Antonia Clara, y también con Marta. En 1632 la muerte se cuela en este hogar que sólo alegraban las risas y canciones de Antonia Clara. Marta fallece. Lope llora a la muerta en una elegía que intercala en "La Dorotea", obra que, como dije al principio, nace a la vida ese mismo año.

"Ya es muerta, decid todos,
ya cubre poca tierra
la divina Amarilis,
honor y gloria vuestra.
Aquella cuyos ojos

verdes, de amor centellas,
músicos celestiales,
orfeos de almas eran;
cuyas hermosas niñas
tenían, como reinas,
doseles de su frente
con armas de sus cejas,
Aquella cuya boca
daba lición risueña
al mar de hacer corales
al alba de hacer perlas.
Aquella que no dijo
palabras extranjeras
de la virtud humilde
y la verdad honesta.
Aquella cuyas manos
de vivo azahar compuestas,
eran nieve en blancura,
cristal en transparencia;
cuyos piés parecían
dos ramos de azucenas,
si para ser más lindas
nacieran tan pequeñas;
la que en la voz divina
desafió sirenas
para quien nunca Ulises
pudiera hallar cautela;
la que añadió al Parnaso
la musa más perfeta,
la virtud y el ingenio,
la gracia y la belleza.
Matóla su hermosura
porque ya no pudiera
la envidia oír su fama
ni ver su gentileza...
Venid a consolarme
que muero de tristeza.

Vuelve a recordarla en la égloga "Amarilis" que publica al año siguiente.

Llegamos a 1634. Feliciano, fruto de su matrimonio con Juana Guardo, se ha casado. El poeta vive ahora con la sola criatura de diecisiete años que ha heredado la belleza de su madre, Amarilis, la de los ojos color de esmeralda. Y sigue ensañándose el destino: Antonia Clara un día desaparece del hogar: ha sido raptada. La historia se repite. Sufrir el poeta en

carne propia un desgarramiento semejante al que él produjo, con la inconsciencia de la juventud, en la familia de Isabel de Urbina. Pero el raptor de Antonia Clara — según sospechas, un noble poderoso de Madrid — no repara, como lo hiciera Lope, el honor de la doncella.

Este golpe inesperado y el deceso de su hijo, Lope Félix, acaecido en 1635, lo sumieron en una incurable "pasión melancólica"

"Primero que me alegre
con los corderos mansos
retozarán los tigres".

Y hundido en ella terminó sus dolores el 26 de Agosto de 1635.

Fué un hombre nacido bajo el signo de Venus. Lo que en otros es un accidente, la mujer, en él aparece como una preocupación obsesiva. Amoroso crónico, corazón blando, ni el sacerdocio ni la vejez adormecieron su extraordinaria capacidad de amar. Fué un prerromántico: por encima de los consejos de la razón, por encima de los dictados del deber, las exigencias del corazón. Su sentimiento amoroso no tuvo la pureza idealista del sentimiento de Dante hacia Beatriz, o de Petrarca hacia Laura, pero tampoco fué un sentimiento puramente instintivo. Mezcló ambas cosas: lo humano y lo divino, como el hombre normal.

No fué un veleta, un don Juan, como dicen los papeles. Mariposeó en los amoríos, pero fué constante en los amores: cinco años duraron con Elena, casi el doble con Micaela, y más de quince con Marta de Nevarés. No fué un veleta, pero amaba en serie: primero a una y después a otra. No tuvo, como algunos privilegiados, una grande y única pasión. Fué humano, profundamente humano. Por eso, llega a nuestro corazón, y comprendemos sus flaquezas y las perdonamos. Las perdonamos pensando en las palabras del Evangelio contra el fariseísmo de todas las épocas: el que de vosotros esté sin pecado, arroje la piedra el primero..

CARMELO M. BONET.